

Ryūnosuke Akutagawa

Los Engranajes

E LEJANDRIA

Ryūnosuke Akutagawa
Los Engranajes



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LOS ENGRANAJES

RYŪNOSUKE AKUTAGAWA

**PUBLICADO: 1927
FUENTE: WWW.AOZORA.GR.JP
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

LOS ENGRANAJES

UNO: EL IMPERMEABLE

Para asistir a la boda de un conocido, salí con una maleta en la mano desde una residencia de verano hacia una estación de la línea Tōkaidō, tomando un coche a toda velocidad. El camino por el que circulaba el automóvil estaba flanqueado, en su mayor parte, por una densa arboleda de pinos. Era bastante dudoso que lograra llegar a tiempo para el tren que subía a la capital. En el coche, casualmente, viajaba también el dueño de una barbería. Era un hombre regordete como un dátil, con una corta barba en el mentón. Mientras me preocupaba por la hora, conversé con él de vez en cuando.

—Pasan cosas extrañas, ¿sabe? Dicen que en la mansión del señor XX aparecen fantasmas incluso de día.

—¿Incluso de día, dice?

Yo, mientras tanto, observaba la colina de pinos de enfrente, bañada por el sol invernal del oeste, y le seguía la corriente sin mucho interés.

—Aunque, por lo visto, no aparecen en los días de buen tiempo. Dicen que es más frecuente cuando llueve.

—¿No será que vienen a mojarse los días de lluvia?

—No bromea... Pero dicen que es un fantasma que lleva un impermeable.

El automóvil, haciendo sonar la bocina, se detuvo junto a la estación. Me despedí del dueño de la barbería y entré. Y, en efecto, el tren ascendente acababa de partir hacía dos o tres minutos. En un banco de la sala de espera, un hombre con un impermeable miraba distraídamente hacia afuera. Recordé la historia del fantasma que acababa de oír. Pero, tras esbozar una sonrisa amarga, decidí entrar en un café frente a la estación para esperar al siguiente tren.

Era un café al que apenas si le correspondía tal nombre. Me senté en una mesa del rincón y pedí una taza de cacao. El hule que cubría la mesa tenía un tosco patrón de cuadros azules sobre un fondo blanco, pero en las esquinas ya asomaba la lona deslucida. Mientras bebía el cacao, que olía a pegamento, observé el interior desierto del local. En las paredes polvorientas colgaban varios carteles de papel que anunciaban «Oyakodon» o «Katsuretsu».

«Huevos de corral, Omelets».

Estos carteles me evocaban el campo cercano a la línea Tōkaidō. Un campo donde trenes eléctricos atravesaban extensiones de trigales y campos de coles...

Cuando subí al siguiente tren ascendente, ya casi anochecía. Solía viajar en segunda clase, pero por alguna razón, en aquella ocasión decidí viajar en tercera.

El vagón estaba bastante lleno. Además, delante y detrás de mí solo había alumnas de primaria que parecían regresar de una excursión a Ōiso o algún lugar parecido. Encendí un cigarrillo y me puse a observar a aquel grupo de niñas. Todas parecían alegres. No solo eso, sino que prácticamente no paraban de hablar.

—Señor fotógrafo, ¿qué es una «escena de amor»?

El «señor fotógrafo» que iba con ellas, sentado frente a mí, intentó salir del paso con evasivas. Sin embargo, una de las chicas, de unos catorce o quince años, seguía haciéndole todo tipo de preguntas. De repente, noté que padecía de sinusitis, y no pude evitar sonreír. Luego, una de las niñas a mi lado, de unos doce o trece años, estaba sentada en el regazo de una joven maestra. Con una mano le rodeaba el cuello y con la otra le acariciaba la

mejilla. Y, en los interludios de sus conversaciones con otras, se dirigía a la maestra diciéndole:

—Qué guapa es, profesora. Tiene unos ojos preciosos.

Me daban más la impresión de ser mujeres hechas y derechas que simples colegialas. Salvo por el hecho de que mordisqueaban manzanas con piel y desenvolvían caramelos... Sin embargo, una de las chicas, que parecía la mayor, al pasar a mi lado, debió de pisar a alguien, pues dijo: «Perdone usted». Ella, precisamente por ser más precoz que las demás, me pareció, en cambio, más aniñada. Con el cigarrillo en los labios, no pude evitar reírme con sorna de mí mismo por sentir tal contradicción.

En algún momento, el tren, con las luces ya encendidas, llegó por fin a una estación de los suburbios. Bajé al andén, donde soplaban un viento frío, y después de cruzar un puente, me dispuse a esperar el tren de la línea provincial. Entonces, me encontré por casualidad con el señor T, que trabajaba en una empresa. Mientras esperábamos el tren, hablamos de la crisis económica y otros asuntos. El señor T, por supuesto, sabía mucho más que yo sobre esos temas. Sin embargo, en sus dedos robustos lucía un anillo de turquesa que no parecía tener mucha relación con la crisis.

—Llevas algo impresionante.

—¿Esto? Me lo endosó un amigo que fue a hacer negocios a Harbin. Ahora él también las está pasando canutas. Ya no puede hacer tratos con la cooperativa.

El tren provincial que tomamos, por suerte, no estaba tan lleno como el anterior. Nos sentamos juntos y conversamos de diversas cosas. El señor T acababa de regresar a Tokio esa misma primavera desde su puesto en París. Por consiguiente, era natural que surgiera el tema de París en nuestra conversación. Hablamos del caso de Madame Caillaux, de los platos de cangrejo, de cierto príncipe en su viaje por el extranjero...

—Francia no está tan mal como parece, ¿sabes? Lo que pasa es que los franceses son un pueblo al que no le gusta pagar impuestos, por eso el gobierno siempre acaba cayendo...

—Pero si el franco se desploma.

—Eso es si lees los periódicos. Pero prueba a estar allí. En los periódicos, el Japón que se describe es un lugar de constantes terremotos y grandes inundaciones.

Entonces, un hombre con un impermeable se acercó y se sentó frente a nosotros. Sentí una extraña inquietud y unas ganas de contarle a T la historia del fantasma que había oído antes. Pero T, antes de que pudiera hacerlo, giró el pomo de su bastón hacia la izquierda y, con la vista al frente, me habló en voz baja.

—¿Ves a esa mujer de allí? La que lleva un chal de lana gris...

—¿La del peinado occidental?

—Sí, la que sostiene un paquete envuelto en un pañuelo. Este verano estuvo en Karuizawa. Se vestía con ropa occidental bastante elegante, por cierto.

Sin embargo, a ojos de cualquiera, su aspecto era, sin duda, miserable. Mientras hablaba con T, la observé disimuladamente. Tenía un rostro con una expresión algo demente en el entrecejo. Además, del paquete que llevaba asomaba una esponja que parecía de leopardo.

—En Karuizawa se la veía bailar con un joven americano. Moderna... ¿cómo se dice?

Cuando me despedí de T, el hombre del impermeable ya no estaba allí. Desde una estación de la línea provincial, y todavía con la maleta en la mano, me dirigí a un hotel. A ambos lados de la calle se alzaban, en su mayoría, grandes edificios. Mientras caminaba por allí, recordé de pronto el bosque de pinos. Y no solo eso, sino que descubrí algo extraño en mi campo de visión. ¿Algo extraño? Me refiero a unos engranajes semitransparentes que giraban sin cesar. Ya había tenido esta experiencia varias veces. Los engranajes aumentaban gradualmente en número, llegando a obstruir la mitad de mi visión, pero no duraba mucho. Poco después, en lugar de desaparecer, comenzaba a sentir un dolor de cabeza; siempre era lo mismo. El oftalmólogo, a causa de esta alucinación (¿?), me había ordenado en repetidas ocasiones que moderara el consumo de tabaco. Sin embargo, estos engranajes también aparecían antes de mis veinte años, cuando no era aficionado al tabaco. «Ya empezamos otra vez», pensé, y para comprobar la visión de mi ojo izquierdo, me tapé el derecho con una mano. El ojo

izquierdo, en efecto, no tenía nada. Pero en el interior del párpado de mi ojo derecho, varios engranajes giraban. Mientras veía cómo los edificios del lado derecho se desvanecían poco a poco, seguí caminando a buen paso por la calle.

Cuando entré en el hotel, los engranajes ya habían desaparecido. Pero el dolor de cabeza persistía. Al dejar mi abrigo y mi sombrero, pedí que me asignaran una habitación. Luego, llamé por teléfono a una editorial para tratar un asunto de dinero.

La cena de la boda parecía haber comenzado hacía ya mucho tiempo. Me senté en un rincón de la mesa y comencé a manejar el cuchillo y el tenedor. Las más de cincuenta personas sentadas en la mesa en forma de U cóncava, empezando por los novios al frente, estaban, por supuesto, todas muy animadas. Pero mi estado de ánimo, bajo la brillante luz de las lámparas, se volvía cada vez más melancólico. Para escapar de este sentimiento, me dirigí al invitado que estaba a mi lado. Era un anciano con una barba blanca como la de un león. Además, resultó ser un famoso sinólogo cuyo nombre conocía. Por consiguiente, nuestra conversación derivó en algún momento hacia los clásicos.

—El kirin es, en esencia, un unicornio, ¿no es así? Y el hōō es un ave como el fénix...

Aquel célebre sinólogo parecía interesarse por mis comentarios. Mientras hablaba de forma mecánica, empecé a sentir un destructivo deseo patológico y, no contento con presentar a Yao y Shun como figuras legendarias, comencé a exponer que el autor de los Anales de Primavera y Otoño era en realidad alguien de la posterior dinastía Han. Entonces, el sinólogo mostró una expresión de abierto desagrado y, sin mirarme en absoluto, interrumpió mi discurso con un tono que casi parecía el gruñido de un tigre.

—Si Yao y Shun no existieron, entonces Confucio mintió. Y es imposible que un sabio mienta.

Yo, por supuesto, guardé silencio. Luego, intenté de nuevo llevar el cuchillo y el tenedor a la carne de mi plato. Entonces, un pequeño gusano se retorció tranquilamente en el borde de la carne. El gusano evocó en mi mente la palabra inglesa worm. Era, sin duda, una palabra que, al igual que

kirin o hōō , también designaba a un animal legendario. Dejé el cuchillo y el tenedor y me quedé observando cómo me servían champán en la copa.

Una vez terminada la cena, me dirigí por un pasillo desierto para encerrarme en la habitación que había reservado. El pasillo me daba más la sensación de una prisión que de un hotel. Sin embargo, afortunadamente, el dolor de cabeza había amainado sin que me diera cuenta.

En mi habitación ya habían traído mi maleta, así como mi sombrero y mi abrigo. Al ver mi propia silueta en el abrigo colgado en la pared, me apresuré a arrojarlo dentro del armario del rincón. Luego, me acerqué al tocador y me observé fijamente en el espejo. Mi rostro reflejado revelaba la estructura ósea bajo la piel. El gusano afloró de repente con claridad en mi memoria.

Abrí la puerta, salí al pasillo y empecé a caminar sin rumbo fijo. Entonces, en un rincón que daba al vestíbulo, una alta lámpara de pie con una pantalla verde se reflejaba vívidamente en una puerta de cristal. Aquello me produjo una sensación de paz. Me senté en una silla frente a ella y me puse a pensar en diversas cosas. Pero no pude permanecer sentado allí ni cinco minutos. El impermeable, esta vez, estaba tirado de cualquier manera sobre el respaldo de un sofá largo a mi lado.

«Y eso que estamos en pleno invierno», pensé.

Mientras cavilaba, volví sobre mis pasos por el pasillo. En el puesto de los botones, al final del corredor, no se veía a nadie. Sin embargo, sus voces llegaron fugazmente a mis oídos. Era una respuesta en inglés a algo que habían dicho: All right . «¿ All right ?». De pronto, me sentí ansioso por entender el significado exacto de esa conversación. «¿ All right ? ¿ All right ? ¿Qué es lo que está, exactamente, all right ?».

Mi habitación estaba, por supuesto, en silencio. Pero entrar en ella me producía una extraña inquietud. Dudé un momento y, finalmente, entré decidido. Luego, evitando mirar al espejo, me senté en la silla frente al escritorio. Era un sillón de marroquí azul, parecido a la piel de un lagarto. Abrí la maleta, saqué papel de manuscrito e intenté continuar con un relato corto. Pero la pluma, mojada en tinta, no se movió durante mucho tiempo. Y cuando por fin lo hizo, solo escribía las mismas palabras una y otra vez. All right... All right... All right sir... All right...

En ese momento, sonó de repente el teléfono junto a la cama. Me levanté de un salto, me llevé el auricular al oído y respondí.

—¿Quién es?

—Soy yo. Soy yo...

Era la hija de mi hermana.

—¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?

—Sí, ha pasado algo terrible. Por eso... Como ha pasado algo terrible, acabo de llamar también a la tía.

—¿Algo terrible?

—Sí, por eso, ven enseguida. ¡Ahora mismo!

La llamada se cortó. Volví a colgar el auricular como estaba y, por reflejo, pulsé el timbre. Pero era plenamente consciente de que me temblaba la mano. El botones tardaba en llegar. Sentía más angustia que impaciencia y pulsé el botón del timbre varias veces. Por fin, mientras comprendía la palabra que el destino me había enseñado, « All right ».

El marido de mi hermana había muerto atropellado por un tren esa misma tarde, en un pueblo no muy lejos de Tokio. Y llevaba puesto un impermeable, fuera de temporada. Ahora mismo, sigo escribiendo aquel relato corto en la habitación de ese hotel. Nadie pasa por el pasillo en mitad de la noche. Pero, a veces, oigo un batir de alas al otro lado de la puerta. Quizás tengan un pájaro en algún sitio.

DOS: VENGANZA

Me desperté en la habitación de este hotel sobre las ocho de la mañana. Pero, al intentar bajar de la cama, descubrí con extrañeza que solo había una zapatilla. Era un fenómeno que, en los últimos uno o dos años, siempre me producía terror y ansiedad. Además, me recordaba al príncipe de la mitología griega que llevaba una sola sandalia. Pulsé el timbre para llamar al

botones y pedirle que buscara la otra zapatilla. El botones, con cara de extrañeza, se puso a buscar por la pequeña habitación.

—Aquí estaba. Dentro del cuarto de baño.

—¿Y cómo habría llegado hasta ahí?

—Pues no sé, quizás una rata.

Después de que el botones se retirara, bebí un café sin leche y me puse a terminar la novela que tenía entre manos. La ventana, enmarcada en bloques cuadrados de toba volcánica, daba a un jardín nevado. Cada vez que detenía la pluma, me quedaba mirando distraídamente la nieve. La nieve, bajo un arbusto de dafne con capullos, estaba sucia por el hollín de la ciudad. Era una vista que me producía una cierta desolación. Mientras fumaba un cigarrillo, sin mover la pluma, me puse a pensar en muchas cosas. En mi mujer, en mis hijos y, sobre todo, en el marido de mi hermana...

El marido de mi hermana, antes de suicidarse, había sido acusado de incendio provocado. Y, en realidad, no había mucho que hacer al respecto. Antes de que su casa se quemara, la había asegurado contra incendios por el doble de su valor. Además, se encontraba en libertad condicional por haber cometido perjurio. Sin embargo, lo que me inquietaba no era tanto su suicidio como el hecho de que, cada vez que yo regresaba a Tokio, veía sin falta un incendio. A veces veía el fuego quemando una montaña desde el tren, y otras, desde un coche (en esa ocasión estaba con mi mujer y mis hijos), veía un incendio en el barrio de Tokiwabashi. Esto, incluso antes de que su casa se quemara, me había provocado inevitablemente el presentimiento de un incendio.

—Este año puede que se nos queme la casa, ¿sabes?

—No digas cosas de mal agüero... Aunque, si se incendiara, sería un desastre. Apenas tenemos seguro...

Teníamos conversaciones de ese tipo. Pero mi casa no se quemó... Me esforcé por apartar las fantasías y traté de mover la pluma de nuevo. Pero la pluma no conseguía escribir ni una sola línea con facilidad. Finalmente, me levanté del escritorio y, tumbado en la cama, empecé a leer Polikúshka de Tolstói. El protagonista de esta novela era un personaje complejo, una mezcla de vanidad, tendencias patológicas y afán de notoriedad. Además, su tragicomedia vital, con algunas modificaciones, era una caricatura de mi

propia vida. En particular, sentir la ironía del destino en su tragicomedia empezó a inquietarme progresivamente. No había pasado ni una hora cuando salté de la cama y, con todas mis fuerzas, arrojé el libro a un rincón de la habitación donde colgaba una cortina.

—¡Al diablo con todo!

Entonces, una rata grande salió de debajo de la cortina y corrió en diagonal por el suelo hacia el cuarto de baño. De un salto, fui al baño, abrí la puerta y busqué por dentro. Pero, ni siquiera detrás de la bañera blanca, había rastro de la rata. De repente, sentí una extraña inquietud y, apresuradamente, cambié las zapatillas por los zapatos y salí al pasillo desierto.

El pasillo, hoy también, estaba tan deprimente como una cárcel. Con la cabeza gacha, subiendo y bajando escaleras, llegué sin darme cuenta a la cocina. La cocina era sorprendentemente luminosa. Pero en los fogones alineados a un lado, las llamas danzaban en varios de ellos. Al pasar por allí, sentí las miradas frías de los cocineros con sus gorros blancos. Al mismo tiempo, sentí el infierno en el que había caído. «Dios, castígame. No te enojés, pues probablemente pereceré». En ese instante, esta oración brotó inevitablemente de mis labios.

Al salir de aquel hotel, caminé con paso rápido hacia la casa de mi hermana por un camino donde el cielo azul se reflejaba en la nieve derretida. Los árboles del parque a lo largo del camino tenían las ramas y las hojas ennegrecidas. Además, cada uno de ellos, al igual que nosotros los humanos, tenía un delante y un detrás. Eso también me produjo algo más cercano al terror que a la incomodidad. Recordé las almas convertidas en árboles en el infierno de Dante y decidí caminar por el otro lado de las vías del tranvía, donde solo había edificios. Pero tampoco allí pude caminar ni un centenar de metros sin incidentes.

—Perdone que le moleste al pasar, pero...

Era un joven de unos veintidós o veintitrés años, vestido con un uniforme de botones dorados. Lo miré en silencio y descubrí que tenía un lunar en el lado izquierdo de la nariz. Él, quitándose el sombrero, me habló con timidez.

—¿No es usted el señor A?

—Sí, soy yo.

—Me lo había parecido...

—¿Necesita algo?

—No, solo quería saludarle. Soy un gran admirador suyo...

Para entonces, yo ya me había quitado brevemente el sombrero y me había alejado, dejándolo atrás. Señor, señor A... esa era, en aquellos tiempos, la palabra que más me desagradaba. Creía haber cometido todos los pecados posibles. Y, sin embargo, ellos, en cualquier ocasión, seguían llamándome «señor». No podía evitar sentir en ello algo que se burlaba de mí. ¿Algo? Pero mi materialismo no podía sino rechazar el misticismo. Hacía apenas dos o tres meses, había publicado estas palabras en una pequeña revista de un círculo literario: «No tengo ninguna conciencia artística, ni de ningún otro tipo. Lo único que tengo son nervios»...

Mi hermana se había refugiado con sus tres hijos en una barraca al fondo de un callejón. Dentro de la barraca, forrada con papel marrón, hacía casi más frío que fuera. Nos calentábamos las manos en un brasero mientras hablábamos de diversas cosas. El marido de mi hermana, un hombre de complexión robusta, me despreciaba instintivamente a mí, que era extremadamente delgado. Además, declaraba públicamente la inmoralidad de mis obras. Yo siempre lo había mirado con frialdad, desde arriba, y nunca habíamos hablado de forma distendida. Sin embargo, mientras hablaba con mi hermana, empecé a darme cuenta de que él también, como yo, había caído en el infierno. Al parecer, había visto un fantasma en un coche cama. Pero yo encendí un cigarrillo y me esforcé por hablar únicamente de dinero.

—Sea como sea, en estas circunstancias, creo que lo venderé todo.

—Sí, es lo lógico. La máquina de escribir, por ejemplo, sacaremos algo por ella.

—Sí, y también hay algunos cuadros.

—Ya que estamos, ¿vendemos también el retrato del señor N (el marido de mi hermana)? Aunque ese...

Al mirar un dibujo al carboncillo sin enmarcar que colgaba en la pared de la barraca, sentí que no podía bromear tan a la ligera. Él, muerto atropellado, tenía el rostro completamente destrozado por el tren, y al parecer solo le

había quedado el bigote. La historia, por supuesto, era ya de por sí espeluznante. Pero su retrato, aunque estaba perfectamente dibujado en todas sus partes, tenía el bigote extrañamente difuminado. Pensando que podría ser un efecto de la luz, observé el dibujo desde varias posiciones.

—¿Qué haces?

—Nada... Solo que ese retrato, alrededor de la boca...

Mi hermana se volvió un poco y respondió como si no se diera cuenta de nada.

—Parece que solo el bigote está extrañamente desvaído, ¿verdad?

Lo que veía no era una ilusión óptica. Pero si no lo era... decidí irme de casa de mi hermana sin quedarme a comer.

—Bueno, está bien.

—Ya volveré mañana o... hoy tengo que ir hasta Aoyama.

—Ah, ¿allí? ¿Todavía no te encuentras bien?

—Sigo tomando solo medicinas. Solo con los somníferos ya es un lío. Veronal, Neuronal, Trional, Numal...

Unos treinta minutos después, entré en un edificio y subí en ascensor hasta el tercer piso. Luego, intenté entrar empujando la puerta de cristal de un restaurante. Pero la puerta no se movió. Además, colgaba un letrero lacado que decía «Cerrado por descanso». Cada vez más contrariado, después de ver manzanas y plátanos apilados en las mesas al otro lado del cristal, decidí volver a la calle. Entonces, dos hombres que parecían oficinistas, charlando animadamente, pasaron rozándome el hombro para entrar en el edificio. Uno de ellos, en ese momento, pareció decir: «Qué irritante».

Me quedé parado en la calle, esperando que pasara un taxi. Los taxis tardaban en pasar. Además, los que pasaban de vez en cuando eran inevitablemente amarillos (estos taxis amarillos, por alguna razón, solían causarme problemas con accidentes de tráfico). Al final, vi un coche verde, de buen augurio, y decidí ir a un hospital psiquiátrico cerca del cementerio de Aoyama.

«Irritante — tantalizing — Tántalo — Inferno ...»

Tántalo era, en realidad, yo mismo, mirando la fruta a través de la puerta de cristal. Maldiciendo el infierno de Dante que había aparecido dos veces ante mis ojos, me quedé mirando fijamente la espalda del conductor. Mientras tanto, empecé a sentir la falsedad de todas las cosas. La política, los negocios, el arte, la ciencia... para mí, todo ello no era más que un esmalte multicolor que ocultaba esta terrible vida. Empecé a sentir que me faltaba el aire y abrí la ventanilla del taxi. Pero la sensación de que algo me oprimía el corazón no desaparecía.

El taxi verde llegó por fin frente al santuario de Meiji. Allí debía haber un callejón que giraba hacia un hospital psiquiátrico. Pero, solo por hoy, por alguna razón, no podía encontrarlo. Después de hacer que el taxi recorriera varias veces el camino a lo largo de las vías del tranvía, finalmente me di por vencido y me bajé.

Finalmente encontré el callejón y me adentré por un camino lleno de barro. Entonces, en algún momento, me equivoqué de camino y salí frente al crematorio de Aoyama. Era un edificio por cuya puerta no había pasado ni una sola vez desde el funeral del maestro Natsume, hacía unos diez años. Diez años atrás, yo tampoco era feliz. Pero al menos estaba en paz. Miré dentro de la puerta cubierta de grava y, recordando los bananos de la «Ermita de Sōseki», no pude evitar sentir que mi vida también había llegado a un punto y final. Y no pude evitar sentir la presencia de algo que me había llevado frente a este cementerio diez años después.

Después de salir por la puerta de un hospital psiquiátrico, volví a tomar un coche para regresar al hotel de antes. Pero, al bajar en la entrada del hotel, un hombre con un impermeable estaba discutiendo con un botones. ¿Con un botones? No, no era un botones, era un aparcacoches con uniforme verde. Sentí un mal presagio al entrar en este hotel y, rápidamente, volví sobre mis pasos.

Cuando llegué a la calle Ginza, ya se acercaba el atardecer. Las tiendas alineadas a ambos lados y el vertiginoso gentío no hicieron más que aumentar mi melancolía. Especialmente desagradable me resultaba ver a la gente de la calle caminar con ligereza, como si no conocieran el pecado. Caminé hacia el norte, sin rumbo fijo, entre la luz crepuscular mezclada con las luces eléctricas. Lo que entonces captó mi atención fue una librería con pilas de revistas y otros libros. Entré en la tienda y miré distraídamente las

estanterías de varios niveles. Luego, decidí hojear un libro titulado Mitología Griega . La Mitología Griega , de tapas amarillas, parecía estar escrita para niños. Sin embargo, una línea que leí al azar me dejó de repente anonadado.

«Ni el más grande de los dioses, Zeus, puede competir con los dioses de la venganza...»

Dejé la librería atrás y caminé entre la multitud. Sintiendo en mi espalda, que empezaba a encorvarse, al dios de la venganza que me acechaba sin cesar...

TRES: NOCHE

En las estanterías del segundo piso de Maruzen, encontré Leyendas de Strindberg y leí algunas páginas. Lo que describía no difería mucho de mis propias experiencias. Además, tenía una cubierta amarilla. Devolví Leyendas a la estantería y esta vez, casi al azar, saqué un libro grueso. Pero este libro también, en una de sus ilustraciones, mostraba una hilera de engranajes con ojos y nariz, idénticos a nosotros los humanos. (Era una colección de dibujos de enfermos mentales recopilada por un alemán). De repente, sentí que en medio de mi melancolía surgía un espíritu de rebeldía y, como un jugador desesperado, empecé a abrir varios libros. Pero, por alguna razón, cada libro, ya fuera en el texto o en las ilustraciones, escondía alguna aguja. ¿Cada libro? Incluso cuando tomé en mis manos Madame Bovary , que había leído tantas veces, sentí que, al fin y al cabo, yo mismo no era más que un burgués, un Monsieur Bovary...

En el segundo piso de Maruzen, cerca del anochecer, parecía no haber más clientes que yo. Deambulé entre las estanterías bajo la luz de las lámparas. Luego, me detuve frente a una estantería con un cartel que decía «Religión» y hojé un libro de cubierta verde. Este libro, en el índice de uno de sus capítulos, enumeraba estas palabras: «Los cuatro terribles enemigos: la duda, el miedo, la soberbia y el deseo sensual». Apenas vi estas palabras, sentí que mi espíritu de rebeldía se acrecentaba aún más. Esos llamados enemigos, para mí al menos, no eran más que otros nombres para la sensibili-

dad y el intelecto. Pero que el espíritu tradicional, al igual que el espíritu moderno, también me hiciera infeliz, era algo que ya no podía soportar. Con este libro en la mano, recordé de repente un seudónimo que había usado en alguna ocasión: «Juryō yoshi». Se refería al joven de los Anales de Han Fei que, antes de aprender el modo de caminar de Handan, olvidó el suyo propio de Juryō y regresó a casa arrastrándose como una serpiente. A los ojos de cualquiera, el yo de hoy era sin duda un «Juryō yoshi». Pero el hecho de que yo, incluso cuando aún no había caído en el infierno, hubiera usado este seudónimo... De espaldas a la gran estantería, intenté apartar mis delirios y entré en la sala de exposiciones de carteles que estaba justo enfrente. Pero también allí, en un cartel, un caballero que parecía San Jorge apuñalaba a un dragón alado. Y ese caballero, bajo su yelmo, mostraba a medias un ceño fruncido parecido al de uno de mis enemigos. Recordé de nuevo la historia de la técnica para matar dragones de los Anales de Han Fei y, sin atravesar la sala de exposiciones, bajé por la ancha escalera.

Mientras caminaba por la calle Nihonbashi, ya de noche, seguí pensando en la palabra «matar dragones». Era, además, la inscripción de la piedra de tinta que poseía. Me la había regalado un joven empresario. Él, después de fracasar en varios negocios, finalmente se declaró en quiebra a finales del año pasado. Levanté la vista al cielo alto e intenté pensar en lo pequeña que era la Tierra entre las innumerables estrellas y, por tanto, en lo pequeño que era yo mismo. Pero el cielo, que durante el día había estado despejado, ya estaba completamente nublado. De repente, sentí que algo me era hostil y decidí refugiarme en un café al otro lado de las vías del tranvía.

Fue, sin duda, un «refugio». En las paredes de color rosa de este café sentí algo parecido a la paz y, finalmente, me senté cómodamente en una mesa al fondo. Afortunadamente, aparte de mí, solo había dos o tres clientes. Sorbiendo una taza de cacao, comencé a fumar un cigarrillo como de costumbre. El humo del cigarrillo ascendía en volutas azuladas hacia la pared rosa. Esta delicada armonía de colores también me resultó agradable. Sin embargo, poco después, descubrí en la pared a mi izquierda un retrato de Napoleón y poco a poco empecé a sentir de nuevo la ansiedad. Napoleón, cuando aún era estudiante, había escrito al final de su cuaderno de geografía: «Santa Elena, una pequeña isla». Quizás, como diríamos nosotros, fue una coincidencia. Pero era seguro que aquello había infundido terror incluso al propio Napoleón...

Mientras miraba fijamente a Napoleón, me puse a pensar en mis propias obras. Lo primero que me vino a la memoria fue un aforismo de Palabras de un pigmeo . (Especialmente la frase: «La vida es más infernal que el infierno»). Luego, el destino del protagonista de El biombo del infierno , un pintor llamado Yoshihide. Y luego... Mientras fumaba un cigarrillo, para escapar de estos recuerdos, observé el interior del café. No habían pasado ni cinco minutos desde que me había refugiado aquí. Pero el café había cambiado por completo su aspecto en tan poco tiempo. Lo que más me disgustó fue que las sillas y mesas de imitación de caoba no guardaban la más mínima armonía con las paredes rosas del entorno. Temiendo volver a caer en un sufrimiento invisible, arrojé una moneda de plata y, rápidamente, me dispuse a salir del café.

—Oiga, oiga, son veinte centavos...

Lo que había arrojado era una moneda de cobre.

Sintiéndome humillado, mientras caminaba solo por la calle, recordé de repente mi casa en medio de un lejano pinar. No era la casa de mis padres adoptivos en un suburbio, sino una casa que había alquilado para mi familia, centrada en mí. Hacía unos diez años que también vivía en una casa así. Pero, por ciertas circunstancias, empecé a vivir con mis padres de forma precipitada. Al mismo tiempo, empecé a transformarme en un esclavo, un tirano, un egoísta impotente...

Cuando regresé al hotel de antes, eran ya cerca de las diez. Exhausto por la larga caminata, perdí las fuerzas para volver a mi habitación y me senté en una silla frente a la chimenea donde ardían gruesos troncos. Entonces me puse a pensar en la novela larga que estaba planeando. Era una obra que, tomando como protagonistas a la gente de cada época desde Suiko hasta Meiji, consistiría en unos treinta y tantos relatos cortos ordenados cronológicamente. Mientras observaba las chispas que ascendían, recordé de repente una estatua de bronce frente al Palacio Imperial. Esta estatua, vestida con armadura, montaba a caballo con altivez, como la lealtad personificada. Pero su enemigo había sido...

—¡Mentira!

De nuevo, me deslicé desde el pasado lejano hasta el presente inmediato. Afortunadamente, en ese momento llegó un escultor, un colega veterano.

Vestía, como siempre, su traje de terciopelo y lucía una corta perilla de chivo erizada. Me levanté de la silla y le estreché la mano que me ofrecía. (No era mi costumbre, sino que seguía la suya, forjada tras pasar media vida en París y Berlín). Pero su mano, extrañamente, estaba húmeda como la piel de un reptil.

—¿Se aloja usted aquí?

—Sí...

—¿Trabajando?

—Sí, también estoy trabajando.

Me miró fijamente a los ojos. En su mirada, sentí una expresión cercana a la de un detective.

—¿Qué le parece si viene a mi habitación a charlar?

Le hablé en tono desafiante. (Esta costumbre de adoptar de repente una actitud desafiante, a pesar de mi falta de valor, era uno de mis malos hábitos). Entonces él, sonriendo, me preguntó:

—¿Dónde, su habitación?

Como si fuéramos amigos íntimos, hombro con hombro, caminamos de vuelta a mi habitación entre extranjeros que hablaban tranquilamente. Al llegar a mi cuarto, él se sentó de espaldas al espejo. Luego, empezó a hablar de diversas cosas. ¿De diversas cosas? Pero casi todo eran historias de mujeres. Yo, sin duda, era uno de los que habían caído en el infierno por haber pecado. Pero, precisamente por eso, las historias de vicios me deprimían aún más. Me convertí en un puritano temporal y empecé a burlarme de esas mujeres.

—Mire los labios de la señorita S. Por los besos de tantos hombres...

De repente, cerré la boca y observé su espalda en el espejo. Justo debajo de la oreja, llevaba pegado un apósito amarillo.

—¿Por los besos de tantos hombres?

—Me da esa impresión.

Él asintió con una sonrisa. Sentí que, en su interior, me observaba constantemente para descubrir mis secretos. Pero, aun así, nuestra conversación

no se apartaba del tema de las mujeres. Más que odiarlo a él, me avergonzaba de mi propia debilidad y no podía evitar sentirme cada vez más deprimido.

Después de que finalmente se marchara, me tumbé en la cama y empecé a leer *Un camino oscuro en la noche*. La lucha espiritual del protagonista me resultaba dolorosamente cercana en cada detalle. Comparado con este protagonista, sentí lo estúpido que había sido y, sin darme cuenta, empecé a llorar. Al mismo tiempo, las lágrimas trajeron una paz inesperada a mi ánimo. Pero no duró mucho. Mi ojo derecho empezó a percibir de nuevo los engranajes semitransparentes. Los engranajes, mientras giraban, aumentaron gradualmente en número. Temiendo que comenzara el dolor de cabeza, dejé el libro en la mesilla de noche, tomé 0,8 gramos de Veronal y decidí, de cualquier manera, dormir profundamente.

Sin embargo, en sueños, estaba observando una piscina. Allí, varios niños y niñas nadaban y se zambullían. Dando la espalda a la piscina, me dirigí hacia el pinar de enfrente. Entonces, alguien me llamó desde atrás: «Papá». Me giré un poco y vi a mi mujer de pie frente a la piscina. Al mismo tiempo, sentí un agudo remordimiento.

—Papá, ¿la toalla?

—No necesito toalla. Cuida de los niños.

Continué caminando. Pero el lugar por donde caminaba se había convertido, de repente, en un andén. Parecía ser una estación de campo, un andén con un largo seto. Allí también estaban de pie un estudiante universitario llamado H y una mujer mayor. Al verme, se acercaron y empezaron a hablarme todos a la vez.

—¡Qué gran incendio, verdad!

—Yo también he escapado por los pelos.

Sentí que conocía de algo a esa mujer mayor. Además, al hablar con ella, sentí una extraña y agradable excitación. En ese momento, un tren, echando humo, se detuvo silenciosamente junto al andén. Subí solo a este tren y caminé entre los compartimentos-cama, con cortinas blancas a ambos lados. Entonces, en una de las camas, una mujer desnuda, casi una momia, yacía de lado mirándome. Era, de nuevo, mi diosa de la venganza: sin duda, la hija de un loco...

Apenas me desperté, salté de la cama sin pensarlo. Mi habitación estaba, como siempre, iluminada por la luz eléctrica. Pero en algún lugar se oía un batir de alas y el chirrido de una rata. Abrí la puerta, salí al pasillo y me apresuré a ir frente a la chimenea de antes. Luego, me senté en una silla y me puse a observar las llamas vacilantes. En ese momento, un botones vestido de blanco se acercó para añadir leña.

—¿Qué hora es?

—Serán las tres y media, más o menos.

Pero en el rincón del vestíbulo de enfrente, una mujer que parecía americana seguía leyendo un libro. El vestido que llevaba, incluso a distancia, era sin duda verde. Sentí una especie de alivio y decidí esperar a que amaneciera. Como un anciano que, tras sufrir una larga enfermedad, espera tranquilamente la muerte...

CUATRO: ¿TODAVÍA?

En la habitación de este hotel terminé por fin el relato corto que estaba escribiendo y decidí enviarlo a una revista. Ciertamente es que los honorarios por mi manuscrito no alcanzarían ni para cubrir una semana de estancia. Pero, satisfecho por haber concluido mi trabajo, decidí salir a una librería de Ginzburg en busca de algún tónico espiritual.

Sobre el asfalto bañado por el sol de invierno, había varios trozos de papel esparcidos. Esos papeles, quizás por efecto de la luz, se parecían todos a flores de rosa. Sintiendo la benevolencia de algo, entré en la librería. El lugar también estaba más limpio y ordenado de lo habitual. Solo una jovencita con gafas que hablaba con un dependiente me causó cierta inquietud. Pero, recordando las rosas de papel caídas en la calle, decidí comprar los *Diálogos* de Anatole France y las *Cartas* de Mérimée.

Con los dos libros bajo el brazo, entré en un café. Luego, me senté en una mesa al fondo a esperar que me trajeran el café. Frente a mí estaban sentados un hombre y una mujer que parecían madre e hijo. El hijo, aunque más joven que yo, se me parecía enormemente. Además, hablaban con las

cabezas juntas, como si fueran amantes. Mientras los observaba, me di cuenta de que, al menos el hijo, era consciente de que también proporcionaba consuelo sexual a su madre. Era un ejemplo de esa afinidad que yo también conocía. Y, al mismo tiempo, un ejemplo de esa voluntad que convierte este mundo en un infierno. Pero, temiendo caer de nuevo en el sufrimiento, aproveché que justo llegaba el café y empecé a leer las Cartas de Mérimée. Él, en esta correspondencia, al igual que en sus novelas, dejaba destellos de aforismos agudos. Esos aforismos, poco a poco, hicieron que mi ánimo se volviera duro como el hierro. (Esta facilidad para ser influenciado era también una de mis debilidades). Después de terminar la taza de café, sintiéndome capaz de afrontar «lo que viniera», salí resueltamente de aquel café.

Mientras caminaba por la calle, me fui asomando a los distintos escaparates. El de una tienda de marcos exhibía un retrato de Beethoven. Era un retrato de genio puro, con el pelo alborotado. No pude evitar que aquel Beethoven me pareciera cómico...

En esas, me encontré de repente con un viejo amigo del instituto. Este profesor universitario de química aplicada llevaba un gran maletín de cuero y tenía un ojo completamente inyectado en sangre.

—¿Qué te ha pasado en el ojo?

—¿Esto? Es solo una conjuntivitis.

Recordé de repente que, desde hacía catorce o quince años, cada vez que sentía esa afinidad, mis ojos también se inflamaban de conjuntivitis como los suyos. Pero no dije nada. Él me dio una palmada en el hombro y empezó a hablar de nuestros amigos. Luego, sin dejar de hablar, me llevó a un café.

—¡Cuánto tiempo! Desde la ceremonia de la estela de Zhu Shunshui, ¿verdad?

Él, después de encender un puro, me habló así desde el otro lado de la mesa de mármol.

—Sí. Aquel Shushun...

Por alguna razón, no podía pronunciar correctamente la palabra «Zhu Shunshui». Siendo una palabra japonesa, me inquietó un poco. Pero él, sin darle importancia, siguió hablando de diversas cosas. Del novelista K, del bulldog que se había comprado, de un gas venenoso llamado lewisita...

— Parece que no escribes nada, ¿eh? Leí aquello de Panteón, pero... ¿es tu autobiografía?

— Sí, es mi autobiografía.

— Aquello era un poco enfermizo. ¿Estás bien de salud últimamente?

— Sigo como siempre, a base de medicinas.

— Yo también tengo insomnio últimamente.

— ¿Yo también? ¿Por qué dices «yo también»?

— ¿Pues no dices que tú también tienes insomnio? El insomnio es peligroso...

En su ojo izquierdo, el único inyectado en sangre, flotaba algo parecido a una sonrisa. Antes de responder, sentí que no podía pronunciar correctamente el «sho» de «insomnio» (fuminshō).

— Normal en el hijo de un loco.

No habían pasado ni diez minutos cuando ya estaba solo de nuevo, caminando por la calle. Los papeles caídos sobre el asfalto, a veces, parecían tener rostros humanos. Entonces, se acercó desde la dirección contraria una mujer con el pelo corto. De lejos parecía guapa. Pero al tenerla delante, vi que tenía un rostro feo y lleno de pequeñas arrugas. Además, parecía estar embarazada. Sin poder evitarlo, aparté la cara y giré por un callejón ancho. Pero, después de caminar un poco, empecé a sentir el dolor de las hemorroides. Era un dolor que, para mí, solo podía aliviarse con baños de asiento.

«Baños de asiento... Beethoven también tomaba baños de asiento...»

El olor a azufre usado en los baños de asiento asaltó de repente mi olfato. Pero, por supuesto, no había azufre por ninguna parte en la calle. Recordando de nuevo las rosas de papel, me esforcé por caminar con paso firme.

Una hora después, encerrado en mi habitación, estaba sentado frente al escritorio junto a la ventana, comenzando una nueva novela. La pluma, para mi propia sorpresa, corría veloz sobre el papel de manuscrito. Pero, al cabo de dos o tres horas, se detuvo como si algo invisible la frenara. No tuve más remedio que levantarme del escritorio y pasear de un lado a otro por la habitación. Mi megalomanía era más acusada en esos momentos. En medio

de una alegría salvaje, sentía que no tenía padres ni esposa ni hijos, solo la vida que fluía de mi pluma.

Sin embargo, a los cuatro o cinco minutos, tuve que atender el teléfono. El teléfono, por más que respondiera, solo repetía palabras ambiguas. Pero, en cualquier caso, me pareció oír mole . Finalmente, dejé el teléfono y comencé a caminar de nuevo por la habitación. Pero la palabra mole me tenía extrañamente preocupado.

« Mole ... Mole ... »

Mole era la palabra inglesa para topo. Esta asociación tampoco me resultaba agradable. Pero, a los pocos segundos, reescribí mole como la mort . La mort —la palabra francesa para muerte— me sumió de repente en la ansiedad. La muerte, al igual que acechaba al marido de mi hermana, parecía acecharme a mí también. Sin embargo, en medio de la ansiedad, sentía algo cómico. Y no solo eso, sino que, sin darme cuenta, estaba sonriendo. ¿De dónde surgía esta comicidad? Ni yo mismo lo sabía. Después de mucho tiempo, me paré frente al espejo y me enfrenté directamente a mi reflejo. Mi reflejo, por supuesto, también sonreía. Mientras lo observaba, recordé a mi segundo yo. Mi segundo yo —el llamado Doppelgänger por los alemanes— afortunadamente nunca se me había aparecido. Pero la esposa del señor K, que se había convertido en actor de cine en América, había visto a mi segundo yo en los pasillos del Teatro Imperial. (Recuerdo la perplejidad que sentí cuando la esposa del señor K me dijo de repente: «El otro día ni siquiera le saludé, disculpe»). Y luego, otro traductor ya fallecido, que era cojo, también había visto a mi segundo yo en una tabaquería de Ginza. La muerte, quizás, vendría a por mi segundo yo antes que a por mí. Y si viniera a por mí, de todas formas... Me di la vuelta, de espaldas al espejo, y regresé al escritorio frente a la ventana.

La ventana, enmarcada en toba volcánica, dejaba ver la hierba seca y un estanque. Mientras contemplaba este jardín, recordé varios cuadernos de notas y obras de teatro inacabadas que había quemado en un lejano pinar. Luego, tomé la pluma y comencé a escribir de nuevo una nueva novela.

La luz del día comenzó a atormentarme. En efecto, como una rata, bajé las cortinas de la ventana y, manteniendo la luz eléctrica encendida incluso durante el día, seguí escribiendo afanosamente la novela anterior. Luego, cuando me cansaba de trabajar, abría la Historia de la literatura inglesa de Taine y leía las biografías de los poetas. Todos ellos fueron desdichados. Incluso los gigantes de la época isabelina —incluso Ben Jonson, un erudito de su tiempo— cayeron en tal agotamiento nervioso que llegaron a ver a los ejércitos de Roma y Cartago combatir sobre el dedo gordo de su pie. No podía evitar sentir un placer cruel y lleno de malicia en la desgracia de estos hombres.

Una noche de fuerte viento del este (lo que para mí era una buena señal), salí a la calle a través del sótano y decidí visitar a un anciano. Vivía solo en el desván de la sede de una sociedad bíblica, trabajando como conserje y dedicándose a la oración y la lectura. Nos calentamos las manos en un brasero y, bajo una cruz colgada en la pared, hablamos de diversas cosas. ¿Por qué enloqueció mi madre? ¿Por qué fracasaron los negocios de mi padre? ¿Y por qué fui yo castigado? Él, que conocía estos secretos, con una sonrisa extrañamente solemne, me acompañó en la conversación durante mucho tiempo. Además, de vez en cuando, con frases cortas, dibujaba caricaturas de la vida. No podía evitar respetar a este ermitaño del desván. Pero, mientras hablaba con él, descubrí que también él se movía por el poder de la afinidad.

— Esa hija del jardinero es guapa y de buen carácter... y es muy amable conmigo.

— ¿Cuántos años tiene?

— Cumple dieciocho este año.

Para él, podría haber sido un amor paternal. Pero no pude evitar sentir la pasión en sus ojos. Además, la manzana que me ofreció, sobre su piel amarillenta, mostraba la figura de un unicornio. (A menudo descubría animales mitológicos en las vetas de la madera o en las grietas de las tazas de café). El unicornio era, sin duda, un kirin. Recordé que un crítico hostil me había llamado el «niño prodigio de los años 910» y sentí que este desván, con su cruz colgada, tampoco era un lugar seguro.

— ¿Cómo se encuentra últimamente?

—Como siempre, con los nervios de punta.

—Eso no se arregla ni con medicinas. ¿No le gustaría convertirse en creyente?

—Si yo pudiera...

—No hay nada difícil en ello. Solo tiene que creer en Dios, en su hijo Cristo, y en los milagros que Cristo obró...

—Puedo creer en el diablo, eso sí...

—Entonces, ¿por qué no cree en Dios? Si cree en la sombra, ¿no debería creer también en la luz?

—Pero también hay oscuridad sin luz, ¿no?

—¿Oscuridad sin luz?

No tuve más remedio que callar. Él también, como yo, caminaba en la oscuridad. Pero creía que, si existía la oscuridad, también debía existir la luz. La diferencia en nuestra lógica residía únicamente en este punto. Sin embargo, para mí al menos, era un abismo insalvable...

—Pero la luz existe, sin duda. La prueba son los milagros... Los milagros siguen ocurriendo con frecuencia incluso hoy en día.

—Los milagros que obra el diablo, sí...

—¿Por qué insiste en hablar del diablo?

Sentí la tentación de contarle lo que había experimentado en los últimos uno o dos años. Pero no podía evitar el temor de que la historia llegara a oídos de mi mujer e hijos a través de él, y que yo también acabara en un hospital psiquiátrico, como mi madre.

—¿Qué hay ahí?

Este anciano robusto se volvió hacia una vieja estantería, mostrando una expresión que recordaba a la de un dios Pan.

—Es la obra completa de Dostoievski. ¿Ha leído Crimen y castigo?

Yo, por supuesto, ya conocía cuatro o cinco libros de Dostoievski desde hacía diez años. Pero, conmovido por las palabras Crimen y castigo que él pronunció por casualidad (¿?), le pedí prestado el libro y decidí regresar al

hotel. La calle, bulliciosa y resplandeciente bajo las luces eléctricas, me resultaba igualmente desagradable. Sobre todo, encontrarme con conocidos era algo que me resultaría absolutamente insoportable. Me esforcé por elegir las calles más oscuras y caminé como un ladrón.

Sin embargo, poco después, comencé a sentir un dolor de estómago. Lo único que podía calmar este dolor era un vaso de whisky. Encontré un bar e intenté entrar empujando la puerta. Pero dentro del pequeño local, envuelto en una nube de humo de tabaco, un grupo de jóvenes que parecían artistas bebían apiñados. Además, en medio de ellos, una mujer con el pelo recogido sobre las orejas tocaba el mandolín con fervor. Me sentí inmediatamente desconcertado y, sin llegar a entrar, di media vuelta. Entonces, descubrí que mi sombra oscilaba de un lado a otro. Y lo que me iluminaba era una luz siniestramente roja. Me detuve en la calle. Pero mi sombra, como antes, se movía sin cesar de un lado a otro. Me giré con temor y finalmente descubrí el farol de cristal de colores que colgaba del alero de aquel bar. El farol, a causa del fuerte viento, se movía lentamente en el aire...

El siguiente lugar al que entré fue un restaurante en un sótano. Me paré frente a la barra y pedí un whisky.

—¿Whisky? Solo tenemos Black and White...

Puse el whisky en agua con gas y comencé a beber en silencio, a sorbos. A mi lado, dos hombres de unos treinta años, que parecían periodistas, hablaban en voz baja. Además, hablaban en francés. De espaldas a ellos, sentí sus miradas sobre todo mi cuerpo. Era algo que, en efecto, repercutía en mi cuerpo como ondas de radio. Sin duda, conocían mi nombre y estaban hablando de mí.

—Bien... très mauvais... pourquoi?...

—Pourquoi?... le diable est mort!...

—Oui, oui... d'enfer...

Arrojé una moneda de plata (era la última que me quedaba) y decidí escapar de aquel sótano. La calle, barrida por el viento nocturno, fortaleció mis nervios, ya algo aliviados del dolor de estómago. Recordé a Raskólnikov y sentí el deseo de confesar todo. Pero eso, además de a mí mismo —no, además de a mi familia—, provocaría una tragedia. Y además, era dudoso que incluso este deseo fuera sincero. Si mis nervios se volvieran tan

fuertes como los de una persona normal... pero para eso, tenía que irme a algún sitio. A Madrid, a Río, a Samarcanda...

En eso, un pequeño letrero blanco que colgaba del alero de una tienda me inquietó de repente. Era el logotipo de una marca de neumáticos de coche con alas. Este logotipo me recordó al antiguo griego que, confiando en alas artificiales, se elevó en el aire y, al final, el sol le quemó las alas y se ahogó en el mar. A Madrid, a Río, a Samarcanda... No pude evitar reírme con sorna de estos sueños míos. Al mismo tiempo, no pude evitar pensar en Orestes, perseguido por la diosa de la venganza.

Caminé por una calle oscura, a lo largo de un canal. Mientras tanto, recordé la casa de mis padres adoptivos en un suburbio. Mis padres adoptivos, por supuesto, estarían esperando ansiosamente mi regreso. Probablemente mis hijos también... pero temía que, al volver allí, una fuerza me atara inevitablemente. En el canal, una barcaza estaba amarrada, mecida por las olas. Y de esa barcaza se filtraba una luz tenue desde el fondo. Allí también, sin duda, vivía una familia de hombres y mujeres. Odiándose para poder amarse... Pero, una vez más, convoqué mi espíritu de lucha y, sintiendo el efecto del whisky, decidí volver al hotel.

De nuevo me senté al escritorio y seguí leyendo las Cartas de Mérimée . Aquello, sin darme cuenta, me devolvió la vitalidad. Pero al descubrir que Mérimée, en sus últimos años, se había convertido al protestantismo, de repente sentí el rostro de Mérimée tras la máscara. Él también era uno de los que, como nosotros, caminaba en la oscuridad. ¿En la oscuridad? Un camino oscuro en la noche comenzó a transformarse para mí en un libro terrible. Para olvidar la melancolía, empecé a leer los Diálogos de Anatole France . Pero este dios Pan moderno también cargaba con una cruz...

Una hora después, un botones apareció para entregarme un fajo de correspondencia. Una de las cartas era de una librería de Leipzig, pidiéndome que escribiera un breve ensayo sobre «La mujer japonesa moderna». ¿Por qué me pedían a mí, en particular, que escribiera un ensayo así? Además, esta carta en inglés añadía una posdata manuscrita: «Nos conformaríamos con un retrato de mujer sin más colores que el blanco y el negro, como en una pintura japonesa». Al leer esta línea, recordé el nombre del whisky, Black and White, y rompí la carta en mil pedazos. Luego, abrí al azar otra carta y leí el papel amarillento. El remitente era un joven que no conocía.

Pero antes de leer dos o tres líneas, la frase «Su Biombo del infierno es...» no pudo sino irritarme. La tercera carta que abrí era de mi sobrino. Por fin pude respirar aliviado y me puse a leer sobre asuntos familiares. Pero incluso esa, al llegar al final, me golpeó de repente.

«Le envió la reedición de la antología Luz roja ...»

¡Luz roja! Sentí la burla de algo y decidí huir de mi habitación. En el pasillo no había nadie. Apoyando una mano en la pared, llegué a duras penas al vestíbulo. Luego, me senté en una silla y decidí, de cualquier manera, encender un cigarrillo. El cigarrillo, por alguna razón, era de la marca Airship. (Desde que me instalé en este hotel, había decidido fumar siempre Star). Las alas artificiales volvieron a aparecer ante mis ojos. Llamé al botones que estaba enfrente y le pedí dos paquetes de Star. Pero, según el botones, los Star, casualmente, se habían agotado.

—Tenemos Airship, si le parece...

Negué con la cabeza y observé el amplio vestíbulo. Enfrente de mí, cuatro o cinco extranjeros hablaban alrededor de una mesa. Y una de ellos, una mujer con un vestido de una pieza rojo, mientras hablaba en voz baja con los demás, parecía mirarme de vez en cuando.

—Mrs. Townshead...

Algo invisible me susurró esto. Un nombre como Mrs. Townshead, por supuesto, me era desconocido. Incluso si fuera el nombre de la mujer de enfrente... Me levanté de nuevo de la silla y, temiendo volverme loco, decidí regresar a mi habitación.

Al volver a mi habitación, tenía la intención de llamar inmediatamente a un hospital psiquiátrico. Pero entrar allí era para mí lo mismo que morir. Después de dudarlo mucho, para disipar este terror, empecé a leer Crimen y castigo . Pero la página que abrí al azar era un pasaje de Los hermanos Karamázov . Pensando que me había equivocado de libro, miré la portada. Crimen y castigo —el libro era, sin duda, Crimen y castigo . En este error de encuadernación —y en el hecho de haber abierto esa página mal encuadernada— sentí moverse el dedo del destino y, sin más remedio, seguí leyendo. Pero antes de leer una página entera, sentí que todo mi cuerpo temblaba. Era el pasaje que describía a Iván atormentado por el diablo. A Iván, a Strindberg, a Maupassant, o a mí mismo, aquí, en esta habitación...

Lo único que podía salvarme en esta situación era el sueño. Pero los somníferos, sin darme cuenta, se habían agotado por completo. Era incapaz de soportar el sufrimiento sin dormir. Pero, con un coraje nacido de la desesperación, pedí que me trajeran café y me puse a mover la pluma como un loco. Dos páginas, cinco, siete, diez... el manuscrito avanzaba a ojos vistas. Llené este mundo novelístico de animales sobrenaturales. Y no solo eso, sino que en uno de esos animales dibujé mi propio retrato. Pero el cansancio empezó a nublar lentamente mi mente. Finalmente, me levanté del escritorio y me tumbé boca arriba en la cama. Debí de dormir unos cuarenta o cincuenta minutos. Pero de nuevo sentí que alguien me susurraba estas palabras al oído, y me desperté de repente y me levanté.

— Le diable est mort .

Al otro lado de la ventana de toba, el amanecer llegaba con un frío glacial. Estaba de pie justo frente a la puerta, observando la habitación vacía. Entonces, vi que el cristal de la ventana de enfrente, empañado irregularmente por el aire exterior, mostraba un pequeño paisaje. Era, sin duda, un paisaje con el mar más allá de un pinar amarillento. Me acerqué con cautela a la ventana y descubrí que lo que creaba este paisaje era, en realidad, la hierba seca y el estanque del jardín. Sin embargo, mi ilusión óptica había despertado en mí algo parecido a la nostalgia de mi hogar.

Decidí que, en cuanto dieran las nueve, llamaría a una editorial, arreglaría mis asuntos económicos de alguna manera y volvería a casa. Mientras tanto, metía libros y manuscritos en la maleta que estaba sobre el escritorio.

SEIS: AVIÓN

Desde una estación de la línea Tōkaidō, tomé un coche a toda velocidad hacia una residencia de verano en el interior. El conductor, por alguna razón, llevaba puesto un viejo impermeable a pesar del frío. Consideré esta coincidencia un mal presagio y me esforcé por no mirarlo, dirigiendo la vista hacia el exterior. Entonces, más allá de unos pinos bajos —probablemente en un antiguo camino— vi pasar una procesión fúnebre. No parecía haber faro-

lillos de papel blanco ni faroles de dragón, pero lotos de flores artificiales doradas y plateadas se mecían silenciosamente delante y detrás del féretro...

Después de llegar finalmente a mi casa, gracias a mi mujer, mis hijos y los somníferos, pasé dos o tres días en una paz relativa. Mi habitación del segundo piso, sobre el pinar, dejaba entrever débilmente el mar. Decidí trabajar solo por las mañanas, sentado en el escritorio de esta habitación, escuchando el arrullo de las palomas. Además de palomas y cuervos, también los gorriones entraban revoloteando en la terraza. Eso también me resultaba agradable. «La urraca de la alegría entra en la casa». Cada vez que ocurría, con la pluma en la mano, recordaba esta frase.

Una tarde cálida y nublada, salí a comprar tinta a una tienda de ultramarinos. Pero en la tienda solo había tinta de color sepia. La tinta sepia, más que cualquier otra, solía resultarme desagradable. No tuve más remedio que salir de la tienda y caminar sin rumbo por una calle poco transitada. Entonces, se acercó desde la dirección contraria un extranjero de unos cuarenta años, aparentemente miope, que caminaba encogiendo los hombros. Era un sueco que vivía aquí, un paranoico. Y su nombre era Strindberg. Al cruzarme con él, sentí una respuesta física.

Esta calle medía apenas doscientos o trescientos metros. Pero en ese corto trayecto, un perro negro solo por la mitad pasó a mi lado cuatro veces. Al girar por un callejón, recordé el whisky Black and White. Y no solo eso, recordé que la corbata del Strindberg de ahora también era blanca y negra. Me resultaba imposible pensar que fuera una coincidencia. Y si no era una coincidencia... Sentí como si solo mi cabeza caminara y me detuve un momento en la calle. Al borde del camino, dentro de una valla de alambre, había tirado un cuenco de cristal con un débil brillo irisado. Este cuenco también tenía un patrón en relieve alrededor de la base que parecía unas alas. Entonces, desde las copas de los pinos, varios gorriones descendieron volando. Pero al llegar cerca del cuenco, todos los gorriones, como si se hubieran puesto de acuerdo, huyeron hacia el cielo de una vez...

Fui a casa de la familia de mi mujer y me senté en una silla de mimbre en el jardín. Dentro de una jaula de alambre en un rincón del jardín, varias gallinas Leghorn blancas caminaban tranquilamente. Y a mis pies, también, un perro negro yacía tumbado. Mientras me afanaba por resolver un enigma

que nadie entendía, mantuve, al menos en apariencia, una conversación trivial con la madre y el hermano de mi mujer.

—Qué tranquilo es este lugar.

—Bueno, más que Tokio, desde luego.

—¿También hay problemas aquí?

—Pues claro, esto también es el mundo.

La madre de mi mujer dijo esto riendo. En efecto, este lugar de veraneo también era «el mundo». En apenas un año, había llegado a conocer a fondo cuántos crímenes y tragedias ocurrían aquí. Un médico que intentó envenenar lentamente a un paciente, una anciana que prendió fuego a la casa de su hijo adoptivo y su esposa, un abogado que intentó arrebatarle los bienes a su hermana... ver las casas de estas personas era para mí siempre como ver el infierno dentro de la vida.

—En este pueblo hay un loco, ¿verdad?

—¿El pequeño H? No está loco. Se ha vuelto tonto.

—Demencia precoz, de esa. Cada vez que lo veo, me da una grima que no puedo soportar. El otro día, no sé con qué intención, estaba haciendo una reverencia ante la estatua de Batō Kannon.

—Que te dé grima... tienes que hacerte más fuerte.

—Mi hermano es más fuerte que yo, pero...

El hermano de mi mujer, con su barba descuidada, se incorporó en la cama y, como de costumbre, se unió a nuestra conversación con timidez.

—Dentro de su fuerza también tiene sus debilidades...

—Vaya, vaya, pues eso es un problema.

Al ver a la madre de mi mujer decir esto, no pude evitar una sonrisa amarga. Entonces, el hermano también sonrió y, mirando hacia el lejano pinar más allá de la valla, continuó hablando como en un trance. (Este joven hermano, convaleciente, a veces me parecía el espíritu mismo, despojado de su cuerpo).

—A veces parece extrañamente desapegado de lo humano, pero también tiene deseos humanos muy intensos...

— Parece una buena persona, pero también es una mala persona.

— No, más que bueno o malo, es algo más opuesto...

— Entonces, ¿también hay un niño dentro del adulto?

— Tampoco es eso. No puedo expresarlo con claridad, pero... Quizás sea como los dos polos de la electricidad. Sea como sea, posee cosas opuestas al mismo tiempo.

Lo que nos sobresaltó en ese momento fue el intenso estruendo de un avión. Sin poder evitarlo, levanté la vista al cielo y descubrí un avión que se elevaba casi rozando las copas de los pinos. Era un inusual monoplano con las alas pintadas de amarillo. Las gallinas y el perro, asustados por el ruido, huyeron despavoridos en todas direcciones. El perro, en particular, ladrando frenéticamente, se metió bajo la terraza con el rabo entre las piernas.

— ¿No se caerá ese avión?

— Tranquilo... Hermano, ¿conoces una enfermedad llamada el mal del aviador?

Mientras encendía un cigarrillo, negué con la cabeza en lugar de decir «no».

— La gente que vuela en esos aviones solo respira el aire de las alturas, y poco a poco se vuelven incapaces de soportar el aire de aquí abajo, en el suelo...

Después de dejar la casa de la familia de mi mujer, mientras caminaba por un pinar donde ni una sola rama se movía, me fui sintiendo cada vez más deprimido. ¿Por qué ese avión había pasado justo por encima de mi cabeza, sin ir a otro sitio? ¿Y por qué aquel hotel solo vendía cigarrillos de la marca Airship? Atormentado por diversas preguntas, caminé eligiendo los caminos más solitarios.

El mar, más allá de una duna baja, estaba cubierto por un gris uniforme. Y en esa duna, se erguía una estructura de columpio sin columpio. Al ver esta estructura, recordé de inmediato un patíbulo. De hecho, sobre la estructura del columpio había dos o tres cuervos posados. Ninguno de los cuervos, ni siquiera al verme, mostró intención de volar. Y no solo eso, el cuervo posado en el centro, levantando su gran pico al cielo, graznó claramente cuatro veces.

Decidí girar por un sendero con muchas villas, bordeando un terraplén de arena donde la hierba se había secado. A la derecha de este sendero, entre pinos altos, debía alzarse una casa de estilo occidental de madera, de dos pisos. (Mi mejor amigo llamaba a esta casa «la casa donde vive la primavera»). Pero al pasar frente a la casa, solo encontré una bañera sobre unos cimientos de hormigón. Incendio —pensé inmediatamente, y seguí caminando tratando de no mirar en esa dirección. Entonces, un hombre en bicicleta se acercó directamente desde el frente. Llevaba una gorra de cazador de color marrón oscuro y, con la mirada extrañamente fija, se inclinaba sobre el manillar. De repente, reconocí en su rostro el del marido de mi hermana y decidí meterme en un sendero lateral antes de que llegara a mi altura. Pero en medio de este sendero también yacía boca arriba el cadáver de un topo en descomposición.

La sensación de que algo me acechaba me llenaba de ansiedad a cada paso. Además, los engranajes semitransparentes comenzaron a obstruir mi campo de visión, uno a uno. Temiendo que el final se acercaba, caminé con la nuca erguida. Los engranajes, a medida que aumentaban en número, empezaron a girar cada vez más rápido. Al mismo tiempo, el pinar de la derecha, con sus ramas silenciosamente entrelazadas, comenzó a verse como a través de un fino cristal tallado. Sentí que las palpitaciones se aceleraban y quise detenerme varias veces al borde del camino. Pero, como si alguien me empujara, ni siquiera detenerme era fácil...

Unos treinta minutos después, estaba tumbado boca arriba en mi habitación del segundo piso, con los ojos cerrados, soportando un intenso dolor de cabeza. Entonces, en el interior de mis párpados, comenzó a aparecer un ala con plumas plateadas dispuestas como escamas. Era algo que, en efecto, se proyectaba claramente sobre mi retina. Abrí los ojos, miré al techo y, después de confirmar que, por supuesto, no había nada de eso allí, volví a cerrar los ojos. Pero el ala plateada seguía proyectándose nítidamente en la oscuridad. Recordé de repente que el tapón del radiador del coche que había tomado el otro día también tenía alas...

En ese momento, alguien subió apresuradamente la escalera y, acto seguido, bajó corriendo con estrépito. Al darme cuenta de que ese alguien era mi mujer, me incorporé sobresaltado y asomé la cabeza al oscuro salón de té que estaba justo delante de la escalera. Entonces, vi a mi mujer boca abajo, conteniendo la respiración, con los hombros temblando sin cesar.

—¿Qué pasa?

—No, no pasa nada...

Mi mujer finalmente levantó la cara y, forzando una sonrisa, continuó hablando.

—No es que pasara nada, pero... es que de repente sentí que te ibas a morir...

Esa fue la experiencia más aterradora de toda mi vida. Ya no tengo fuerzas para seguir escribiendo esto. Vivir en este estado de ánimo es un sufrimiento indescriptible. ¿No habrá alguien que, mientras duermo, me estrangule sigilosamente?

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB